



DOÑA MARÍA DE LAS NIEVES SEVILLANO Y SEVILLANO

DUQUESA DE SEVILLANO, MARQUESA DE FUENTES DE DUERO, CONDESA VIUDA DE LA VEGA DEL POZO

FALLECIÓ EL DÍA 22 DE JUNIO DE 1882, A LAS OCHO Y VEINTE DE LA NOCHE

R. I. P.

Su hija la Excm. Sra. Doña María Diega Desmaissieres y Sevillano, condesa de la Vega del Pozo, marquesa de los Llanos de Alguazas; sus primos y demás parientes, ruegan á sus amigos se sirvan encomendarla á Dios.


Todas las misas que se han celebrado en los días 25, 26 y 27 del anterior en las iglesias parroquiales de San Luis, San Ginés y Santa Cruz de esta Corte por los señores sacerdotes ascritos á las mismas, han sido aplicadas por el eterno descanso de dicha excelentísima señora, así como las celebradas en el día 30, y hoy y mañana, 1.º y 2 del corriente, en las parroquias de San Martín, San José y San Ildefonso y Oratorio del Caballero de Gracia y convento de las Salesas Reales.

Por expresa voluntad de la finada, no se anunció la conducción del cadáver ni se repartieron esquelas.

SUMARIO

I. Albareda. — II. El sueño de un loco. — III. La golondrina. — IV. Balada. — V. Explicación del grabado. — VI. El globo roto. — VII. El trabajo. — VIII. Mosaico. — IX. La filoxera y la vid. — X. La muerte del alma. — XI. La imprenta y la pluma. — XII. Los pecados capitales. — XIII. La patria.

ALBAREDA

o es nuestro ánimo escribir la biografía del ilustre hombre que sirve de epígrafe á estas líneas, ni podemos juzgarle como político, porque sería tarea extraña á nuestro cometido, y no queremos rebasar á sabiendas la línea de la licencia; pero podemos examinar sus actos como hombre de administración, y hacernos eco del sentimiento que inspira á la mayoría de los españoles, y vamos desde luego á dar comienzo á este propósito.

Está fuera de duda que desde el momento en que se dió á luz la combinación ministerial del 8 de Febrero, el nombre del Sr. Albareda resonó en los oídos de todos como el miembro más importante y decidido á favor de la reforma constitucional dentro de la naciente situación, el ministro encargado de elevar el ramo de instrucción pública y fomentar el desarrollo de las obras del Estado, volviendo por el prestigio nacional con la conservación de los monumentos históricos del reino y estableciendo garantías para la propiedad en todas sus manifestaciones.

El presentimiento pasó bien pronto á ser un hecho, en lo que se relaciona con la instrucción, que es lo que nos incumbe, pues á los pocos días se restablecieron en sus cátedras los profesores que habían sido separados con notoria infracción de la ley y de las conveniencias universitarias, acto de reparadora justicia que mereció el aplauso de propios y de extraños.

A muy poco recabó del ministro de la Gobernación un decreto encaminado á asegurar sus dotaciones á los maestros de instrucción primaria, y publicó diferentes circulares para que se les liquidasen y satisficiesen los atrasos por todos conceptos.

Más tarde ha convocado en el corazón de España el Congreso pedagógico, en donde se ha discutido con la templanza y elevación de miras propias de nuestras ilustraciones científicas los diferentes sistemas de enseñanza, y las ventajas y bondades del material docente; Congreso en que tan alta han puesto su bandera los profesores españoles, aquellos pacientísimos y humildes apóstoles de todas las ciencias elementales que no cobraban el inapreciable y mezquino haber que se les tenía consignado; aquellos á quienes nadie sustraía de las garras

del caciquismo, que, á cambio de sus eminentes servicios á la presente generación, hacía escarnio de sus intereses y de sus derechos, ni más ni menos que pudiera abusar de su autoridad un mandarín de los pueblos incultos de la Senegambia.

Después, y para que sirva de enseñanza y estímulo á otros pueblos, ha abierto la Exposición pedagógica, en donde se exhiben grandes concepciones de la inteligencia y del trabajo; productos y labores bastantes para enorgullecer y erguir la frente de nuestro magisterio por su naturaleza y condiciones.

Tenía que llegar la redención del profesorado, y el Sr. Albareda ha sido el ministro feliz encargado de llevar á termino tal acto de justicia.

¡Bien haya el Sr. Albareda, que tal semilla siembra en el corazón de los maestros; pues si antes, cuando estaban vejados, inoculaban con fe las prescripciones de la ciencia, hoy que se les redime y se les devuelve el más legítimo de los derechos, la enseñanza se hará más exquisita, y de sus frutos, como es sabido, depende el porvenir de los pueblos libres!

¡Bien haya el Sr. Albareda, que, al prodigar semejante bien á varias generaciones, establece el imperio de la razón y del derecho; que señala y prepara el triunfo del saber sobre el oscurantismo, de la libertad profesional sobre la tiranía!

JOSÉ NOVI Y PEREDA.

EL SUEÑO DE UN LOCO

— ¿Quién fué Colón?.. ¿tú lo sabes?

— Figúrate un hombre bueno,

De rostro noble y sereno

Y de apacible mirar;

Escarnio de la fortuna,

Aunque él descubre en su esencia

La augusta magnificencia

De otro mundo allende el mar.

Como el pueblo ciego estaba

Si cuando Colón pasaba

Algún villano decía:

— Está loco,—

El pueblo, con mofa, también repetía;

— *Colón está loco.*

— ¿Y no murió de tristeza?

— Del llanto apura la copa,

Y habla á un monarca de Europa

De hinojos ante el dosel.

Como nadie le comprende,

Juzgan sus prodigios vanos

Con risa los cortesanos,

Y el príncipe con desdén.

Así Colón vaga errante;

Vé á otros reyes suplicante,

Y si el monarca decía:

— Está loco,—

El vil palaciego también repetía:

— *Colón está loco.*—

— ¡No hubo un alma generosa!

— Llena la suya de agravios,

Consultar quiso á los sabios

Y ante ellos se presentó.

Muchos, con él, ven el mundo

De cuyas llaves es dueño;

Otros sospechan que es sueño

De enferma imaginación.

Al oír al importuno,

De éstos se cuenta que alguno

A su *adltere* decía:

— Está loco,—

Y que hubo algún otro que así repetía:

— *Colón está loco.*

— ¿Por qué no acudió á la Corte?

— Solo allí favor espera,

Y halló en Isabel primera

Alma grande, ardiente fe.

Pobre estaba el real tesoro,

Pero la noble matrona

Jura empeñar su corona

Para que se arme un bajel.

Entonces clama insolente

La envidia, hincándole el diente

Con brava y tenaz porfía:

— Está loco;—

Y el eco á los reyes también repetía:

— *Colón está loco.*

— ¡Ah qué magnánima reina!

— Por no surcados caminos

Va Colón con sus marinos

Sobre un piélago sin fin.

Mas no descubriendo tierra

Después de larga derrota,

Su gente se le alborota,

Y quiere matarlo allí.

Perdida toda esperanza,

Así dice al par que avanza,

Sin ver el ansiado día:

— Está loco;—

Y el viento zumbando también repetía:

— *Colón está loco.*

— ¿Osaron darle la muerte?

— Un día, al nacer la aurora

Que cielos y abismos dora

Con mil torrentes de luz,

¡Tierra! grita, y ¡Tierra! todos,

Viendo en éxtasis profundo

Levantarse el Nuevo Mundo

Del seno del mar azul.

Colón clava en la montaña

El estandarte de España,

Mientras su gente decía:

— ¡No era loco!—

Y el orbe, asombrado también aplaudía

El sueño del loco.

V. R. A.

LA GOLONDRINA

DICEN los aficionados á la caza que éste es un placer muy noble, y preciso será creerlos cuando vemos que en todas épocas es la nobleza la que más rinde culto á esta afición, sin hablar de los cazadores furtivos, que éstos, por lo general, no ostentan blasones en su escudo.

Pues bien; á mí la caza me fastidia; es más, creo que no es un placer tan digno de los dioses, como dicen los aficionados.

Recuerdo una aventura que me sucedió hace algunos años, á la cual debo el bienestar que hoy disfruto; una aventura tan rara, que si no fuera yo el objeto de ella aún dudaría, y si me la refiriese cualquiera puede ser que no la diera asentimiento.

Por lo mismo no me extrañaría que no creyeráis lo que voy á referiros, por más que sea verdadero.

Entremos en materia.

Una noche estaba yo en el café pasando el tiempo, como es uso y costumbre inveterada entre españoles, que hacen poco caso del adagio inglés que dice: «el tiempo es dinero.»

Pues bien; acertó á entrar un amigo mío, célebre novelista y gran cazador, el cual, después del saludo de costumbre, me invitó á una cacería dispuesta en un coto redondo de una sociedad de amigos de que él formaba parte, y donde se proponían un gran resultado.

No sé por qué motivo, yo, enemigo, como he dicho, de tal ejercicio ó diversión, me presté á acompañarle.

Ello es que al día siguiente por la tarde salimos por el ferrocarril del Norte, y doce horas después, estábamos en el cazadero.

En un cazadero, no llevando escopeta ni siendo perro, es uno un mueble inútil.

Pasó una hora: mi amigo empezaba á desesperarse, porque parece que los conejos habían recibido papeleta de aviso para refocilarse en otra parte, y no donde les esperara una escopeta puesta en buenas manos.

Ello es que mi amigo, cansado de esperarlos, decidió ir en su busca; yo le acompañaba, pidiendo á Dios que no se presentase ninguno donde ensayar su terrible puntería.

Un cazador desesperado no busca más que un ligero pretexto para descargar la escopeta, y cuando llega esta situación apurada, lo mismo tira sobre un jilguero que sobre un jabalí.

Ni lo uno ni lo otro.

Al poco tiempo apareció á nuestros ojos una añosa encina, en una de cuyas ramas peinaba su plumaje la golondrina más gentil y coqueta que puede presentar blanco á un arma de fuego.

Mi amigo, que estaba en el cuarto ó quinto grado de la desesperación, se echó la escopeta á la cara.

¡Dios mío! ¡Qué horrible acción iba á ejecutar!

¡Quitar la vida á un ser inofensivo, del que no iba á aprovecharse, que en aquel momento gozaba en pleno de la vida, que se recreaba en una naturaleza espléndida que la ofrecía todos sus dones!

Este pensamiento acudió á mi mente con la

celeridad del relámpago; miré á la golondrina y á la escopeta, cuyo cañón la tenía enfilada.

Mi amigo, con el dedo puesto sobre el gatillo, iba á disparar; en aquel supremo instante intervengo cual otra Providencia, y tocándole en el hombro, hice que variara la dirección.

Salió el tiro, y la golondrina, en vez de caer al suelo herida mortalmente, preludió el más dulce y alegre de los gorjeos, volando á otra rama del mismo árbol.

— ¡Me has fastidiado! — exclamó mi amigo.

— Lo creo — dije — pero he salvado la vida á esa avecilla, que no te había hecho daño alguno.

El día concluyó sin ningún incidente notable: cuatro ó seis conejos pagaron el mal humor de mi amigo, y al anochecer nos retiramos á la casa del guarda, donde cenamos, entregándonos luego al reposo, tan necesario á los que se dedican á las faenas venatorias.

Estaba amaneciendo, cuando yo, que había dormido bastante mal echando de menos mi pobre cama, salí á la puerta de la casa.

Oí un trino, y me fijé en un algarrobo que había cerca.

Creo... sí, indudablemente era la misma: en una de las ramas estaba preludiando el más delicado de sus gorjeos la golondrina del día anterior.

Yo, al verla, sentí el placer que debe sentir un monarca al ver al reo á quien ha salvado la vida por medio de la prerogativa real, y no pude menos de creer que aquel gorjeo era una acción de gracias que la avecilla me dirigía.

Y para desechar toda duda en mi ánimo vino hasta mí, se posó en mi hombro y empezó á acariciarme.

Yo hubiera querido disponer de una cosecha de trigo candeal para regalársela.

Pero la golondrina no tenía hambre: después de hacerme todo género de caricias, empezó á revolotear en torno de mí, como invitándome á que la siguiera.

Esto lo adiviné yo después de hacerme cargo de los caprichosos giros de su vuelo: todos eran de adelante atrás y de atrás para adelante; parecía tener formal empeño en que abandonase la casa del guarda.

Hícelo así, en efecto, y comencé á seguirla, teniendo sin igual complacencia en prestarme á los caprichos de una avecilla tan ligera y juguetona.

¡Ah! — decía yo entre mí — esta golondrina sabe que yo, sobre no llevar escopeta, soy incapaz de atentar á su vida por ningún estilo.

Y ella, respondiendo á mi pensamiento, coqueteaba delante de mí, interrumpiendo su vuelo para posarse en mi hombro y picotear suavemente el lóbulo de mi oreja derecha.

Así llegamos hasta el mismo sitio donde nos conocimos el día anterior; y digo que nos conocimos, porque la golondrina me lo daba así á entender.

Indudablemente nos había seguido, y en aquella alborada vino á buscarme á la casa del guarda, donde sabía que estábamos.

Inmediatamente se colocó sobre la encina donde yo la había visto: después se puso á picotear la tierra al pie del tronco y á mirarme con insistencia.

En verdad, os digo, que el ser más humilde de la creación es capaz de dar lecciones al hombre que se llame fastuosamente rey del mundo.

Todo el empeño de la golondrina después de mirarme y remirarme, era socavar el pie de aquel árbol.

¿Por qué y para qué?

Yo la miraba atentamente, sin comprender lo que quería significar tan extraño ejercicio.

A todo esto, iba y venía sobre mi hombro.

¡Qué imperfecta es la educación del hombre, que no tiene medios para comprender el lenguaje de las golondrinas!

Después de muchos minutos de aquel ejercicio, se me ocurrió una idea.

Parecía que el pájaro me invitaba á imitarle, y al fin y al cabo lo hice así.

Llevaba en el bolsillo una navaja-sierra, de las que suelen proveerse los que andan mucho por el campo, donde con frecuencia hay necesidad de cortar y tajar.

Inmediatamente me dirigí al pie de la encina, y empecé á socavar la tierra junto al tronco.

Entonces la avecilla lanzó uno de sus más alegres gorjeos al verse comprendida.

Yo seguía excavando la tierra como si debiera descubrir un tesoro.

La golondrina piaba de un modo capaz de enloquecer á cualquiera.

Era indudable que aquél era su propósito.

Yo sudaba; cada vez estaba más enardecido, más febril.

¿Qué era lo que yo buscaba?

Nada y algo.

Lo que quisiera la golondrina.

Á poco mi navaja tropezó con un cuerpo duro, que hizo saltar la punta.

Allí estaba el tesoro.

Seguí excavando con más ahinco...

Á poco... ¡Dios mío! apareció á mis ojos una caja de zinc como de media cuarta en cuadro: estaba oxidada por la humedad.

¡Oh, sí...! allí estaba el tesoro.

No tardó mucho en estar en mi poder.

Con el filo, ya mellado, de mi navaja, hice saltar la tapa.

Dentro había una lápida de piedra, sobre la cual brillaba este letrero en caracteres rojos:

TRABAJA.

La golondrina había desaparecido.

Desde entonces soy *rico* porque trabajo, y *feliz* porque me contento con lo que gano.

PEDRO ESCAMILLA.

BALADA

— ¡Madre del alma mía!

Que yo me muero.

Dice la niña enferma

mirando al cielo.

Y la madre contesta:

— Mi hermoso ángel,

No temas, porque tengo

que acompañarte.

F. A.

EXPLICACIÓN DEL GRABADO



RASLÁDESE el lector con la imaginación á uno de los pequeños pueblos de Galicia, allá por los años de 1815 á 1825, que no es una época muy romota, y si es día laborable, es decir, día en que los niños concurren á las escuelas, verá en el atrio de la iglesia, sentados en mugrientos maderos sin labrar, al lado en muchas ocasiones de varios animalitos domésticos, un grupo de pequeñuelos, algunos de los cuales han tenido que andar dos leguas atravesando regueros ó pisando nieves para recibir la *sal sapientiae* que les inocule en sus infantiles cerebros un dómine sin título, un *práctico* engreído con su omnisciente inteligencia, tan intransigente en el transmitir como severo en el castigo.

Allí verá ceñido con su calzón negro y con su empírico tradicional gorro de estambre á un profesor de diez ó doce criaturas de ambos sexos, padre acaso de otras tantas, ejercer con inimitable mansedumbre el apostolado del magisterio por la retribución de 75 pesetas anuales, tres hogazas de centeno y seis medios celemines de legumbres.

Allí verá, si es sábado, dominar por sus respetos al ecónomo de la iglesia parroquial, imponiendo condiciones al profesor y cohibiendo con ejemplos terroríficos el ánimo bullicioso de los niños; contando consejas que deben enseñar á los padres cuando regresen al hogar, y cuyo secreto conocen las generaciones siguientes.

Allí verá los tradicionales carteles con su *Mañana, Bazará, la Pacata Chafallada, Garra-sallaza*, hechos á mano con pluma de caña, de la invención del dómine, para que puedan los gruesos de la letra divisarse desde lejos, y cuyos carteles recoge el profesor al terminar la clase, y custodia en la chimenea de su cocina para evitar que la inclemencia de los vientos los hagan impunemente girones durante la noche.

Allí verá al lado de los retratos de los héroes de Bailén y Talavera la estampa del santo titular de la parroquia, sujetos todos en la pared con cuatro estaquillas de punzante espino; los unos para enseñar la historia contemporánea y sembrar en el corazón de los discípulos el amor á la independencia patria; el otro para rezar ante él todas las tardes el santo Rosario, aumentado con el Trisagio al primer anuncio de una tempestad.

Allí verá á los niños que viven más distantes saborear con envidiable apetito la frugal zanáhoría, y la torta de harina de centeno y de cebada.

Y allí verá, por último, un cuadro pavoroso de atraso y de miseria que atormenta á la memoria y aflige al corazón.

¡Ah! Examine el lector con detenimiento la expresión de nuestro grabado, pintado con toda la verdad y todo el colorido que el asunto reclama, y pase después á visitar los actuales establecimientos de enseñanza en la más apartada región de España.

La antigua semblanza característica de los profesores, se ha dulcificado en los de hoy con la educación y las costumbres modernas;

ya no son tiranos, ni objeto de burla por su trage, ni carecen de título de suficiencia, ni son esclavos del clericalismo, ni se mueren de necesidad en su retiro, ni carecen de las conveniencias necesarias para las atenciones de la vida, ni se les cercena ninguno de sus legítimos derechos.

Los niños ya no se mezclan en locales inmundos con los animales domésticos, ni tienen forzosamente que andar todos los días dos ó tres leguas para procurar su educación, ni se alimentan con la miseria que sus abuelos.

El arte se deja ver allí donde no se advertía más que mobiliario ó menaje rústico, y el material de las escuelas es suficiente en cantidad y condiciones para el elevado objeto á que se consagra.

Antes se deprimía la dignidad profesional de primeras letras; hoy se la considera y se la auxilia, se la da honroso puesto en los centros oficiales, y se respetan como corresponde su capacidad y sus derechos.

Bendito, pues, sea el progreso, que tales beneficios reporta.

DOROTEO ALEMÁN.

EL REGALO DE ESTE NÚMERO

Con el anhelo de corresponder á la confianza que nos dispensan nuestros constantes favorecedores, hemos adquirido gran número de ejemplares del magnífico *Cuadro sinóptico de la Gramática*, redactado con estricta sujeción á los últimos acuerdos de la Real Academia Española, por D. Gabino Ronda A. Espino, trabajo dedicado por su autor al Excmo. Sr. Ministro de Fomento, D. José Luís Albareda.

La analogía, la prosodia, la sintaxis, tanto regular como figurada, y por último, la ortografía, están de tal modo y con tal sencillez expuestas en dicho cuadro, que no hay quien pueda faltar á la gramática hablando ó escribiendo si consulta y estudia las severas prescripciones del Sr. Ronda, lo cual nos releva de todo elogio y da la medida de lo conveniente que es su adquisición tanto para la enseñanza en las escuelas como para los ejercicios prácticos en oficinas, estudios, imprentas, y despachos públicos ó particulares.

Tal es su fin y su importancia.

EL GLOBO ROTO

(A la distinguida y aplicada niña Milagrito Novi y Castellote.)

BALADA

Al ver cómo ascendía un globo rojo,
Gritaban en el campo varios niños:
—¡A que sube hasta el sol! ¡A que le pasa!
¡Dadle más hilo!
Mas cuando estaban todos muy contentos
Y eran más fuertes sus diversos gritos,
Vieron caer deshecho en mil pedazos
El juguete sencillo.
¡Cuántos en este mundo, como el globo,
Después de subir mucho y ser temidos,
Ruedan entre el asombro de las gentes
Hasta el abismo!

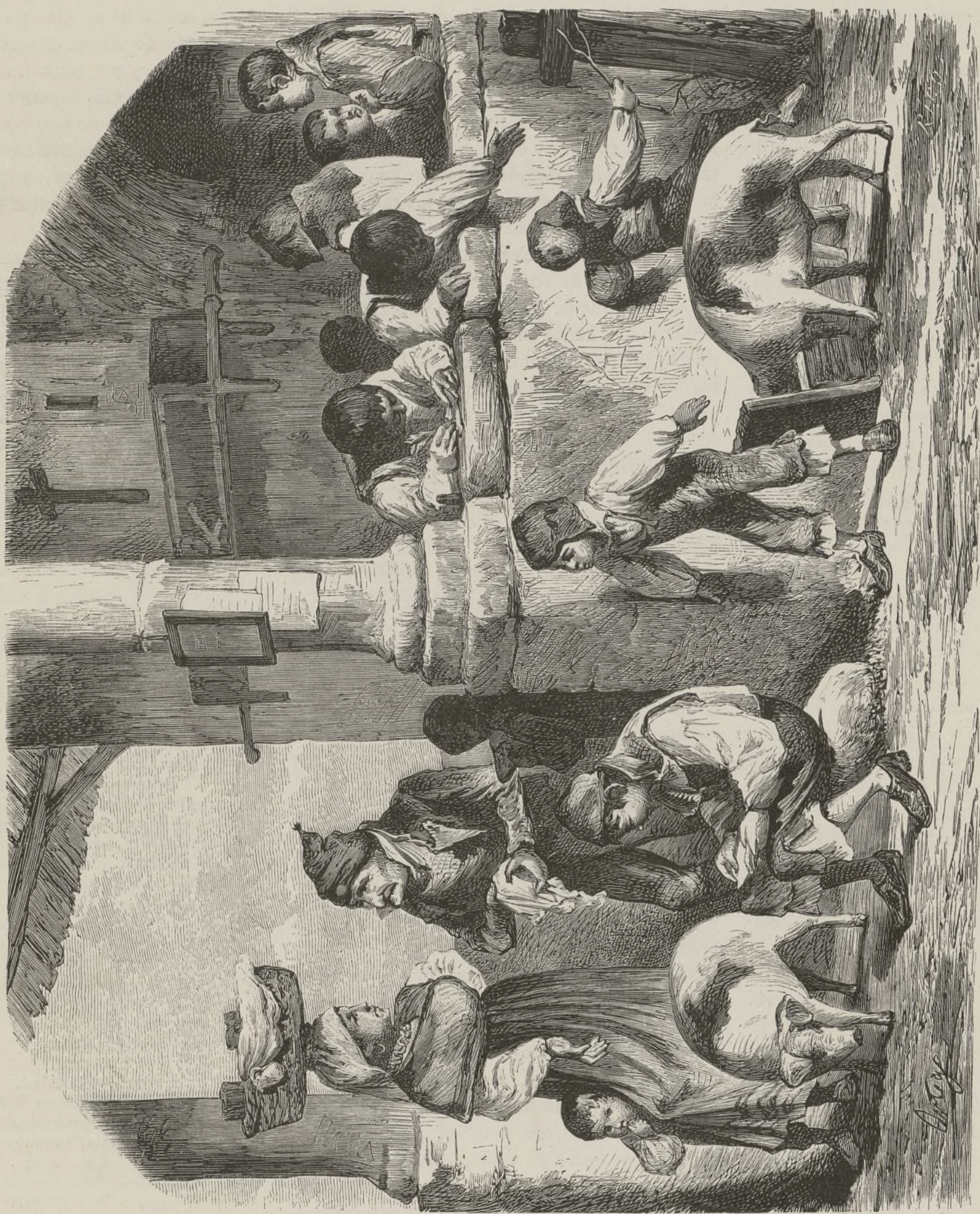
FRANCISCO DE ARECHAVALA.

EL TRABAJO



Si formamos un paralelo entre los pueblos de la antigüedad, que, ocultos en las tinieblas del oscurantismo, veían en la guerra la base de su prosperidad, en el combate el cumplimiento de su fin, en la lucha el ideal de su época, y en el triunfo de una batalla el laurel imperecedero y la gloria mayor del universo, y los pueblos modernos que desprecian las armas, predicán la paz universal, anhelan la libertad, defienden las conquistas de la ciencia y el progreso, favorecen el desarrollo de la humanidad, tienden á constituir la gran familia universal, y desean que el ángel del porvenir descienda de su trono de oro, bata sus diamantinas alas y bendiga los esfuerzos de la generación actual, cual blanca paloma que, simbolizando la paz, anuncia á los países industriales que el período de las guerras ha terminado, y los héroes son vencidos por el fuego de las ideas, comprenderemos la grandeza de los principios científicos y el valor de esa gigantesca fuerza que apellidamos *trabajo*; contemplaremos el risueño horizonte que ante las naciones modernas se ofrece, y veremos cómo lucha el pensamiento con las pacíficas armas de la palabra y la pluma por la ciencia y el progreso, en vez de combatir los hombres para teñir de sangre los campos que sólo deben esmaltarse con la lluvia de los cielos que les fecundice y la lluvia de vapor con que les riega al cruzarlos la poderosa locomotora, cuando vuela sobre la cinta férrea con la velocidad que el ave cruza los espacios y el buque los mares, para llevar á los confines de la tierra los prodigios de la civilización.

El trabajo, que en la antigüedad se consideraba indigno del hombre y se tenía como un castigo, es hoy el timbre de gloria de los países mercantiles, el vapor de la industria, el alma del progreso, la espada de fuego que aniquiló con los resplandores de sus rayos el mundo del pasado, la aurora del porvenir, la vara milagrosa que enseña á los pueblos á buscar en el seno de la naturaleza los inventos con que orna su historia, el talismán que cubre nuestro cuerpo, apaga nuestra sed, alimenta nuestra inteligencia y trasmite nuestro pensamiento á los linderos del orbe, la luz que ilumina nuestra estancia en el mundo de la realidad, y la corona con que el labrador orna sus sienes cuando, cansado de recorrer los campos y colocar en su seno la semilla que tan abundantes frutos ha de proporcionarle, vuelve á buscar bajo el techo de su humilde choza, en el cariño y el amor de la familia, el premio á sus esfuerzos y armonías análogas á las que inundaban de alegría su alma cuando regaba la tierra con el sudor de su frente, veía cómo Dios bendecía su obra cubriendo sus campos con el rocío de los cielos y comparaba más tarde su gloria con la de Ceres al hallarse rodeado de un sin número de doradas espigas, mientras veía aletear en torno suyo las pintadas mariposas y contemplaba satisfecho su inmensa riqueza agrícola, como Franklin al sujetar el rayo se mostraba satisfecho por haber desarmado á las nubes y colocado bajo



UNA ESCUELA ANTIGUA EN GALICIA

sus plantas el símbolo del terror que se cernía sobre su cabeza.

El trabajo es el pedestal de la sociedad y el germen de las conquistas del progreso. Cuando los elementos con soberbia arrogancia acosaban al hombre, construyó habitaciones que le resguardasen de sus iras; el mar que amenazaba sepultarle en su inmensidad fué su esclavo y le cruzó orgulloso, dejando en la superficie una estela luminosa que reflejaba el poder de su genio; los montes se levantaban cual murallas inaccesibles para detenerle en su carrera, y abrió túneles en sus entrañas que inmortalizasen su poder; las fieras querían dominarle, y ante su vista huyeron á esconderse en el seno de los bosques; los abismos intentaban interceptar la gloriosa senda que había recorrido, y cruzó veloz sobre ellos los aires; los señores feudales pensaron esclavizarle, y el castillo que parecía el alcázar de su gloria, fué el sepulcro de la tiranía; y hasta el pensamiento, que necesitaba dilatados espacios en que volar y mundos que llenar con sus gigantescas ideas, ordenó á Gutenberg descubriese la imprenta, para que fuese el monumento destinado á encerrar las grandezas de las generaciones que toman parte en el gran banquete de la vida.

Si en otros tiempos el trabajo no fué libre, y el trabajador más que hombre inteligente, amante de sus derechos y libertad, era una máquina que producía sin darse cuenta de su ocupación, las épocas en que estos hechos tenían lugar no volverán á deslizarse sobre los países ilustrados, y los pueblos que tal consintieron pagaron con creces el crimen de la esclavitud; porque, oponiéndose á la justicia, despreciando el derecho, marchando contra las leyes de la razón y la historia, desconociendo las verdades de la ciencia é ignorando los ideales de las sociedades humanas, les ha sucedido lo que á Roma, que vió embotarse su tajante espada en el pecho de sus hijos, arrastró por sus campos y ciudades la ensangrentada bandera que antes tremolaba orgullosa en multitud de ciudades, y humilló su frente ante la tumba de los esclavos que había sacrificado, para ahogarse en los mares de sangre con que su tiránico proceder había inundado su inmenso territorio.

El trabajo ha de ser libre, porque la conciencia y la historia lo afirman de consuno; no ha de tener por límites los estrechos horizontes de un país, ni por riberas los linderos de una provincia; es el águila de los pueblos que necesita cruzar el cielo de la vida para admirar desde tan elevada esfera los progresos de todas las naciones; es el arma de las clases proletarias, que cada día dan un paso en la conquista de sus derechos, y el sol del obrero, que, atento á su bienestar y perfeccionamiento, riega la tierra con el fecundo sudor de su rostro, mientras ve rodar al abismo y exhalar su postrimer suspiro entre las negras olas del océano de la ambición á los que intentaron labrar su felicidad instantáneamente, como si la tierra fuese un manantial inagotable de riquezas, y el trabajador un esclavo que le explotase, para ofrecer á su señor los tesoros del planeta que le sostiene.

JOAQUÍN G. GAMIZ-SOLDADO.

MOSÁICO



Los niños aplicados, siempre y en todo lugar tienen ocasión de estudiar. Aun en el período de las vacaciones pueden aprovechar el tiempo sin mortificar la memoria: antes bien proporcionándose un recreo tan útil como instructivo.

Los que residen en regiones agrícolas, tienen lugar de contemplar la virtud vegetativa de las semillas de los cereales, contemplando primero la estructura y naturaleza de la semilla misma; aprendiendo las labores y condiciones del suelo que las ha de abrigar en su seno; estudiando el desarrollo, crecimiento y multiplicación de la especie, y faenas y aperos propios para la recolección.

El influjo que ejercen en la vegetación las lluvias, el rocío, el calor y hasta las tempestades y los vientos, que disponen suavemente la tierra para que se extiendan las raíces, para que la planta herbácea se eleve y fructifique, para que grane con exuberancia.

Tiene lugar de ver y aprender la conveniencia del desagüe de los terrenos pantanosos que debilitan las plantas enfriando sobradamente las raíces, lo cual se manifiesta con el color clorótico de la hoja; sin sondear el subsuelo puede persuadirse de que en terrenos y en inviernos secos es conveniente la rejalca para facilitar el desarrollo de la planta con la humedad que prestan á la tierra los ambientes matinales; aprenderá que es también conveniente esta labor en años húmedos para matar la hierba que roba á los cereales el jugo de su asiento; en una palabra, comprenderá lo que es la pródiga naturaleza, premiando el trabajo de los hombres.

Los que habitan en regiones fabriles, pueden estudiar y aplaudir los productos del genio, admirando los encantos de la mecánica, que transforma en momentos las materias más comunes en objetos preciados para la comodidad y el capricho humano.

Puede estudiar la dinámica prácticamente, analizando el movimiento y fuerza de las palancas y de los cilindros de la maquinaria; puede aprender Geografía é Historia, Geología y Física, considerando los terrenos en que se producen las primeras materias, la constitución y condiciones del vegetal que se emplea en los tejidos, la combinación de los colores con que se embellecen los productos, y sondeando las ventajas del comercio y las industrias.

Puede, si quiere, ampliar sus estudios, hacer un juicio comparativo de la vida comercial de nuestros tiempos con el comercio marítimo que se hacía en épocas más florecientes, establecer paralelo entre la vida real de nuestras industrias con las industrias extranjeras; examinar las facilidades y ventajas que para el comercio interior pueden proporcionar los tratados y los aranceles; las utilidades que deben brotar de la especulación, dados los gastos de la fábrica, y pago de tributos y dependencia, y puede, en fin, ampliar sus conocimientos estudiando las dos escuelas protectora y librecambista, llegar á saber y conocer los cambios de las plazas más comerciales, lo que son géneros coloniales, extranjeros y del reino, y las distintas formas y naturalezas que

pueden afectar los objetos, según el uso á que se les destine.

En todo y siempre tiene ocasión el niño para ilustrarse.

Aun en el modesto retiro de verano, en donde se desconocen las fábricas y la agricultura, tiene lugar de estudiar, pues la facilidad de comunicaciones lleva periódicos á los más apartados lugares. Pues bien; el recibo sólo de un periódico hace pensar en que el papel procede del trapo de hilo; del tojo, arbusto que crece y se desarrolla en la zona cantábrica, en toda su extensión, las Vascongadas y el Pirineo; de esparto, que se explota en Almería principalmente, y se importa de África otras veces; de maderas de América, y por último, de distintas pajas.

Que la pasta más superior es la del trapo; sigue en bondad la de tojo por no contener corteza diferente á la materia textil; después la de esparto y las maderas, y por último, la de pajas, cuyo papel se aplica para envolturas y cartones.

En el periódico puede admirar el fabuloso invento de Gutenberg, y estar al corriente del movimiento científico y de las ideas en general; y si aún este recurso llegara á faltar en el retiro, puede leer en ese gran libro que se cierne sobre la cabeza humana, alumbrado de día por el gran foco luminoso y tachonado de noche por estrellas, letras lucientes en mil páginas azules.

VICENTE D. BORDANOVA.

LA FILOXERA Y LA VID

FÁBULA

Cruzando los anchos mares
una vil aventurera,
la ambiciosa Filoxera
llegó á los hispanos lares;
y sin vergüenza ni miedo,
solo atenta á su ambición,
se entró un día de rondón
en un frondoso viñedo.
Ya dentro, con mucho afán
quiso una Vid escoger
donde á mansalva poder
llevar á efecto su plan;
y á este fin examinó,
sin olvidar á ninguna,
las vides una por una,
hasta que al cabo encontró
una robusta y frondosa;
y al verla la Filoxera,
acercóse á ella ligera,
y con una voz melosa,
con gran afabilidad,
muy atenta, saludó
á la Vid y la pidió,
por Dios, hospitalidad.
La Vid, que era muy honrada,
escuchó á la demandante,
y concedióla al instante
en sus raíces morada;
y el vil insecto, abusando
en pago de la hidalguía
de la Vid, desde aquel día
toda su savia chupando,
seca, muerta la dejó;
y al ver su tronco difunto,
huyó de la Vid al punto
y otra Vid nueva buscó.
*Sed siempre desconfiados
y mirad bien lo que hacéis
cuando amistad ofrecéis,
porque en el mundo hay malvados
que encuentran siempre manera
de engañar y pretender,
y viven sólo de hacer
lo que hizo la Filoxera.*

VENTURA MAYORGA.

LA MUERTE DEL ALMA



Así como los venenos matan el cuerpo, así también las pasiones matan el alma.

Y como nada hay más feo que un cadáver, nada tampoco hay más repugnante que un alma manchada por el vicio, yerta por el crimen.

Verdad es que la vindicta pública no castiga ciertos crímenes, pero en cambio los castiga la moral, los castiga el Evangelio porque son pecados.

¡Pero qué pecados!

Fijaos en uno de ellos.

La envidia.

El niño envidioso es por lo común desobediente, iracundo, consentido y mal criado.

A veces la envidia brota del corazón, como planta dañina entre flores de jardín deleitoso.

Es preciso extirparla inmediatamente, es preciso alegrar al corazón, porque envidia es tristeza del bien ajeno.

Contra la envidia, el amor á los que sufren, la humildad, la sencillez en el trato, la caricia y el halago, todo esto traducido en ejemplos, todo esto insinuado con dulzura; que no hay naturaleza infantil que resista al benéfico influjo de la enseñanza práctica en nombre de la caridad, que es el amor al prójimo, y prójimo es toda criatura racional.

A veces la envidia es producto de la educación.

Entonces la pasión es formidable.

Anida en el fondo del alma, y la seca, y la esteriliza para el bien.

Entonces esa alma, atacada por la peste del egoísmo, sucumbe y muere para el bien.

No es el niño el responsable de esa desdicha.

Lo son los padres que le enseñan mal.

La madre, que habla mal ante el niño de otros niños ó de personas mayores.

El padre, que desnaturaliza una índole bellísima en fuerza de alabanzas exageradas.

Crece el niño devorado por tan fatal pasión, mirado con desdén por otros niños, solo, aislado, por lo común temido, jamás rodeado de afecciones infantiles.

Así se hace hombre.

Así también un irritante orgullo se apodera del corazón del envidioso.

El envidioso no come tranquilo ni duerme á gusto.

Perseguido siempre por la fiebre de un egoísmo desdichado, es presa de una perpetua excitación que le desazona y le aflige sin posible consuelo, sin lenitivo á esta tristísima enfermedad moral.

Nada de lo que el envidioso posee, le satisface, le basta, le contenta.

La criatura envidiosa aborrece sus juguetes y ambiciona los de otros niños.

Caricias, alabanzas, halagos, todas las manifestaciones de cariño que se prodigan á otros niños, desazonan al envidioso, exaltan la tonicidad nerviosa, obran sobre las funciones de nutrición, y el apetito se disminuye; el hígado perturba su funcionalidad, el cuerpo se debilita, el niño adelgaza, y hasta presenta en la cara y los ojos un tinte amarillento verdoso que

puede terminar en una enfermedad llamada ictericia, enfermedad por exceso de hiel en el hígado, que colora de amarillo pronunciado todo el cutis.

A veces la muerte corta en flor una vida que hubiera podido ser útil á la sociedad.

Pero cuando el tósigo se aspira lentamente y la envidia crece con el individuo, ¡ah! entonces el alma se gangrena moralmente, y tanto el hombre como la mujer matan sin piedad, matan reputaciones, destrozan existencias honradas, trituran y despedazan inmaculadas conciencias.

Porque el envidioso es suspicaz, traidor é hipócrita.

La herida producida por un puñal, es curable; la fractura originada por un balazo, puede remediarse.

No se cura el mal que produce una palabra.

Porque la envidia es un puñal buido que templan y traspasan la calumnia, el juicio temerario, la maldición y el odio.

Los hombres á veces son niños grandes.

Los hombres de inteligencia más clara, suelen sufrir eclipses de esa inteligencia por motivos fútiles, motivos que improvisa la envidia.

Grandes oradores, poetas eminentes, actores aplaudidos, periodistas ilustrados, nobles, plebeyos, ricos, pobres, mujeres opulentas, modestas trabajadoras, ora bellas, ora poco favorecidas de la naturaleza, experimentan á veces los efectos del aguijón de la envidia.

La enfermedad de que nos ocupamos suele ser contagiosa; la adquieren las almas débiles, los corazones mezquinos; están predispuestos á contraerla los maldicientes y murmuradores, las gentes ociosas, los intrigantes y beatos de profesión, los que bendicen á Dios con los labios y le maldicen con el corazón, los aduladores y los cobardes.

Las almas valientes y noblemente altivas, las almas que visten la coraza de la fe, se defienden bajo el escudo de la esperanza y ciñen hermosísima corona de caridad, jamás son víctimas de la envidia.

Al envidioso hay que compadecerle, es necesario procurar corregirle; pero si es contumaz, si no se enmienda, hay que desenmascararle, hay que señalarle con el dedo, evitar su compañía y dejarle entregado á las bascas de su insensatez.

Es preciso huir de su lado como de un cadáver putrefacto.

Porque la envidia es la gangrena del corazón y la muerte del alma.

MANUEL PRIETO Y PRIETO.

LA IMPRENTA Y LA PLUMA

FÁBULA

Las letras de la Imprenta,

Con gran retraso,

Dicen lo que la Pluma

Pone volando.

¡Lo que es el método!

Ved cómo centuplican

Al postre el tiempo.

ALFONSO E. OLLERO.

LOS PECADOS CAPITALES

(Conclusión.)

— ¡Ah! ¡Vamos, ya comprendo!—exclamó Angel con amargura.—¿Te son insoportables los méritos de mis amigos? ¿No puedes llevar con paciencia las alabanzas á los que las merecen? ¿Te entristece hasta enfurecerte que yo pueda querer y apreciar á cualquier otro que no sea á ti?.. ¡Miserable, y más que miserable desdichado, porque eres envidioso!

En todos los pecados, pobre amigo mío, encuentra el que los practica su castigo; pero en ninguno es este castigo más terrible que en el de la envidia.

El envidioso padece con el bien de los demás, y su vida, más que vida es un infierno anticipado; porque sufre tormentos indecibles al ver que otro sabe más que él; porque se halla en mejor posición social; porque es más joven ó más viejo; porque sea más bondadoso ó más querido; y por último, como acabas de probarnos, porque su amigo pueda apreciar los méritos de otros que no sean los suyos.

Entre las muchas y podridas ramas del árbol del egoísmo, ninguna es más repugnante y asquerosa que la de la envidia. El desdichado ser que se deja dominar por tan nociva pasión, es un peligro constante para los demás y un implacable verdugo de sí mismo. Alimentado exclusivamente de odio, es falso, hipócrita, maldiciente; y su vida se arrastra miserablemente entre la desesperación que le causa el bien ajeno y la tristeza que le corroe las entrañas.

D. Pepito había escuchado, al parecer, esta filípica con su cuerpo pegado á la alfombra, en ademán humilde y con la mirada baja, pero fija en los ojos de su amo.

Cuando éste hubo concluido de hablar, el perro se levantó de un salto; y con mirada suplicante al par que avergonzada, se fué dirigiendo á cada uno de los niños á quienes Angel había presentado momentos antes, y que don Pepito había recibido de modo tan grosero; y tumbándose á sus piés en la postura más humilde, lamiéndoles las manos y demandándoles perdón con los ojos y con los movimientos, consiguió en seguida que todos le acariciaran y le besaran; manifestándose tan agradecido por ello, que en los trasportes de su alegría ejecutó las mil habilidades perrunas que su amo le había hecho aprender, y que coronaron dignamente la exposición de sus trabajos y el alto concepto que de él había formado ya todo el auditorio.

Nutridísimos aplausos, y bravos, y abrazos, y golosinas de cuantos habían presenciado tan notable como moral manifestación de los pecados capitales, fueron la merecida recompensa de don Pepito y de su maestro, los cuales, ya calmado el tumulto y el frenesí del respetable público, se disponían á darles las gracias y retirarse, cuando el sabio y bondadoso director del colegio, imponiendo silencio con un ademán, se levantó del asiento dirigiéndose al centro del círculo.

— Señoras, señores y niños — dijo con in-suante y conmovida voz. — Mi queridísimo discípulo, mejor dicho, mi amantísimo hijo Angel,

Con quien quiero llenar las veces de padre toda vez que el suyo le falta; este niño, modelo de buenos hijos, de buenos compañeros, de buenos estudiantes, nos acaba de probar que con talento, con paciencia y con amor, son susceptibles de educación hasta los irracionales. ¿Cuánto no podrá esperarse de los racionales, de los niños, si el profesor sabe transmitirles la educación y la instrucción con talento, con paciencia y con amor?

La exposición de los pecados capitales manifestada tan al natural como lo ha hecho un pobre perro, debe, niños míos, servir de lección que nunca debéis olvidar, y muy especialmente cuando las contrariedades de la vida ó egoísmo os induzcan á caer en cualquiera de ellos. En estos momentos, acordaos de la virtud que contraría el pecado que váis á cometer: ponedla en práctica, y vosotros y la sociedad marcharán por la senda que el Divino Redentor nos marcó con el precepto: AMAOS LOS UNOS Á LOS OTROS.

Para terminar este acto, niños queridos, que tanto os ha divertido, y que tanto espero os haya instruido, voy ha descubrir el paquete que dí esta mañana á Angel sin decirle su contenido, y que no es más que un pobre recuerdo que quiero conserve eternamente de la presente fiesta.

Y rompiendo el lacre del paquete, sacó de éste dos magníficos tomos correspondientes á los dos primeros años de su publicación de la LA ILUSTRACIÓN DE LOS NIÑOS, encuadernados con lujo, y envueltos en las magníficas y elegantes cubiertas que esta utilísima al par que lujosa publicación, honra de España, regala á sus suscritores.

Al recibir Angel de manos de su maestro y protector este regalo, las rodillas le flaquearon; inundado de lágrimas y sollozos de alegría, sólo pudo manifestar su agradecimiento besándole las manos.

Llorando también el director y besando la cabeza de su protegido, el auditorio les acompañó con sus lágrimas; pero, ¡benditas las lágrimas, y bendito el que las derrama al presenciar actos de ternura.

Pasados breves momentos, y repuestos de su emoción actores y circunstantes, el director sacó del paquete otro papel que por su forma exterior debía contener un objeto de forma circular.

—Hasta ahora — dijo dirigiéndose al auditorio — sólo se ha recompensado á uno de los actores, al que menos ha brillado en la apariencia. Es de justicia también que al primer galán, al que ha representado su papel tan á gusto de todos, á mi buen amigo don Pepito, le regalemos alguna cosa que conmemore su talento escénico.

No sabemos si al oírse nombrar por el director, ó á alguna señal disimulada de Angel, don Pepito se colocó de un salto frente al protector de su amo, y tomando la postura vertical con las manitas levantadas, y mirándole con ternura al par que con curiosidad, parecía interrogarle sobre la clase de regalo que le prometía.

Sonriente y con mucha calma, el director

desenvolvió el papel, sacando de él un bonito collar de plata con broche y cascabeles del mismo metal, y en letras doradas la siguiente inscripción: *Un perro bien educado, es más útil que un niño sin educación.*

No comprendiendo don Pepito el uso de aquella alhajita, la contemplaba con curiosidad; pero cuando Angel se le hubo colocado en el cuello, y el animal se apercibió de que el argentino sonar de los cascabeles dependía de su voluntad, el gozo le volvía loco, y corría, brincaba y se agitaba en todos sentidos para que no cesase un momento el ruido, ó quizá la agradable música, que por producirla él le parecía más melodiosa que á los hombres la de Bellini.

Esta última parte de la fiesta, no ensayada ni prevista siquiera por los actores, puso fin al espectáculo, y la reunión fué dispersándose alegre y satisfecha, no sin dar un beso de despedida á Angel y un halago á su amigo don Pepito.

¡Dichoso y feliz se consideraría el narrador de esta historieta si los niños que lleguen á leer la encuentran entretenida, y mucho más feliz y dichoso si con su moral práctica se corrigieran en la ejecución de los pecados capitales!

CAVETANO COLLADO.

LA PATRIA ¹

Queriendo yo un día
Saber qué es la patria,
Me dijo un anciano
Que mucho la amaba:
— « La patria se siente;
No tienen palabras
Que claro la expliquen
Las lenguas humanas.
» Allí, donde todas
Las cosas nos hablan
Con voz que hasta el fondo
Penetra del alma;
» Allí, donde empieza
La breve jornada
Que al hombre en el mundo
Los cielos señalan;
» Allí, donde el canto
Materno arrullaba
La cuna que el angel
Veló de la Guarda;
» Allí, donde en tierra
Bendita y sagrada,
De abuelos y padres
Los restos descansan;
» Allí, donde eleva
Su techo la casa
De nuestros mayores...
Allí está la patria. »

« El valle profundo
Y enhiesta montaña,
Que vieron alegre
Correr nuestra infancia;
» Las viejas ruinas
De tumbas y de aras,
Que mantos hoy visten
De hiedra y de zarzas;

» El árbol que frutos
Y sombra nos daba,
Al son armonioso
Del ave y del aura;
» Recuerdos, amores,
Tristeza, espezanzas,
Que fuentes han sido
De gozos y lágrimas;
» La imagen del templo,
La roca y la playa,
Que ni años, ni ausencias
Del ánimo arrancan;
» La voz conocida,
La joven que pasa,
La flor que has regado,
Y el campo que labras;
» Ya en dulce concierto,
Ya en notas aisladas,
Oírás que te dicen:
Aquí está la patria. »

« El suelo que pisas,
Y ostenta las galas
Del arte y la industria
De toda tu raza,
» No es obra de un día
Que el viento quebranta;
Labor es de siglos
Que el cielo consagra.
En él tuvo origen
La fe que te inflama;
En él, tus afectos
Más nobles se arraigan;
» En él han escrito
Buriles y hazañas,
Pinceles y plumas,
Arados y espadas.
» Ya anales sombríos,
Ya historias que encantan,
Y en rasgo indeleble
Tu pueblo retratan.
» Y tanto á su vida
La tuya se enlaza,
Cual se une en un árbol
Al tronco la rama.
» Por eso presente,
O en zonas lejanas,
Doquiera contigo
Va siempre la patria. »

« No importa que al hombre
Su tierra sea ingrata;
Que peste y miseria
Jamás de ella salgan;
» Que viles verdugos
La postren esclava,
Rompiendo las leyes
Más justas y santas;
» Que noches eternas
Las brumas le traigan,
Y nunca los astros
Su luz deseada;
» Pregunta al proscrito,
Pregunta al que vaga
Sin pan y sin techo
Por tierras extrañas;
« ¿ Pregunta si pueden
Jamás olvidarla,
Si en sueño ó vigilia
Por ella no claman!
» No existe, á sus ojos,
Más bella morada;
Nien campo, ni en cielo
Ninguna le iguala.
» Quizá unidos todos
Se digan mañana:
— Mi Dios es el tuyo;
Mi patria, tu patria. »

VENTURA RUÍZ AGUILERA.

¹ Llamamos toda la atención de nuestros lectores hacia esta bellísima composición, modelo de ternura y de riquezas retóricas, para que se inspiren en el alto sentimiento de la patria como su laureado autor, y para que, como él, sepan rendir culto serviente á la religión y á sus mayores.